marcos silber

Cabeza tronco y Extremidades

Ediciones
El Mono Armado

Cabeza, tronco y extremidades

Marcos Silber

Cabeza, tronco y extremidades

Silber, Marcos
Cabeza, tronco y extremidades - 1a ed. - Buenos Aires
Diseño de tapa e interior: Rubén E. Iglesias
©2010 - Marcos Silber
E-mail: marcossilber3@hotmail.com
I.S.B.N.: 978-987-1321-79-7

Para Alicia Noemí Grinbank

CABEZA

a Ivonne Bordelois

DISECCIÓN

La primera incisión, sobre la frente,
paralela a la línea del Ecuador,
con cuidado de no lastimar el soñar del sueño.
La segunda, llevar el bisturí como pincel de ángel,
conducirlo de una a otra apófisis mastoidea
pasando por el portal de la boca -con precaución-
de no rozarle siquiera una vocal a la palabra.
La siguiente, sobre el arpa del torso
entre la quinta y la sexta intercostal,
por delante del timbal que cesó
guardando de no perturbar sus mareas de pasión.
La incisión contigua
trazarla con pudor de nave de seda
uniendo ambas espinas ilíacas antero-superiores,
evitando atormentar los recuerdos
en las terrazas de las carnes rojas del ardor.
A la altura del triángulo de Scarpa
detenerse y beber el vino
para celebrar la vida que hubo.
(Una sola copa, hay que continuar)
Ahora bien, sobre los muslos, nada;
no despertar las caricias que aún.
Más al sur
descender el acero por las laderas de las tibias
arribando a cada pie. No más.
Hasta el inicio de la sombra.
Y no tentarse con ella,
no malograrle la esperanza.

Cabeza Tronco Extremidades.
Esto que yace mudo, quieto,
detenido en estación terminal,
¿qué hace aquí?
Estuvo y ya no más;
comió bebió entró salió de los días
anduvo apasionó,
digo: amó fue amado. Y soñó.
¿Qué hace aquí?
Saltó lejos el sol de sus ojos.
A clavarse llegó el hielo a su boca.
Enojadas las manos, agarrotados los dedos;
tal vez así se vea, callada
la enfermedad del morir.
Cabeza Tronco Extremidades.
El más sabio ordena: procedamos.
Brilla gozoso el acero,
va a entrar y le entra al que yace
(y de quien ya se habló)
con ojos vaciados de mirar
y boca de playa desnuda.
Cabeza Tronco Extremidades.
Hurga acerito; pregunta:
alguna vez se pensó así,
¿vano, abolido?
El más sabio ordena: procedamos.
Hurga acerito; dice:
a qué remover sus adentros,
a qué explorarlo cuando de todos modos
va camino a la ceniza.

Cabeza Tronco Extremidades.
El más sabio ordena: procedamos.
Confeccionado será entonces punto por punto
el inventario, registrado todo
lo que asistió a la fiesta de la vida.
Hurga acerito
del altillo al subsuelo;
su filo desciende
penetra en la gladiadora cuerpería;
la juventud le visita al que ahora yace;
el que comió y bebió y entró
y salió de los días;
el que amó, fue amado
y soñó,
sobre todo soñó.

CABELLOS

Bosque de la frontera norte,
barroco mimado, maraña rebelde,
atendido a dos manos cada vez.
Que para aquí que para allá;
se agita no acata se subleva
loco se pone contra el viento.
Cuánta lucha, cuánto tiempo vida
el trabajo de gustar,
de iluminar la construcción para dar
en el blanco del corazón de ellas.
Abuela mala lo flagelaba,
lo complacía la buena.
En verdad
una ráfaga un temblor un todo una nada
una vida la historia
entre el rutilante alboroto
de la fronda que fue
y la abatida en el páramo de hoy.
Al pie de la mano espiadora
lo que resta del follaje se abre,
desnuda los claros.
De todos modos no responde al interrogatorio.
No habla
no revelará ninguno
de los secretos ocultos debajo de su alfombra.

CRANEANA
(Visita guiada)

Día propicio, despejado.
Desde el mirador abarcamos
casi todo el territorio encefálico.
Gris la sustancia del predio dominante,
el resto, blanca.
Las calles - sinuosas- se dejan transitar
sin mayor dificultad.
Sobre la ladera oeste,
casitas con luz de tiempo completo,
y a oscuras otras de cuentos de terror.
El panorama, reposado;
salvo en las comisuras, con esos fosos
protectores de centros palaciegos.
Aquello, sobre la colina
es la casa de Broca, donde se cocinan
la primera y la última palabra.
Día propicio éste, despejado.
Fogoneros de incesante marcha
en la pendiente temporal
y lavanderas que vuelven
-como siempre- cantando.
A la izquierda, saltando la soga,
las chiquitas
que se verán ancianas cuando anochezca.
Ese otro, el muro occipital
donde Goya alineó a los fusilados;
y sobre el montículo del hipocampo,

junto al braserito,
el que calienta las manos
para apuntar letras de fuego.
Día propicio éste,
a cada lado del paisaje
–herrero pasional–
el Ludwig Van descarga martillos de furia
sobre el yunque negro del destino.
Y por allá, cerca de la grieta mayor
trepan la cuesta del regreso
gloriosos hermanos arrancados de los días.
Debe también saberse
que dentro de todo lo visto
arden ferroviarios compases.
En fin, hasta aquí el paseo;
ahora vamos a retirarnos,
oscurece
y todo lo nombrado debe descansar.

CRANEANA (II)

Una fortaleza el casco óseo,
poderosos los muros,
imbatible el vallado.
Todo, para proteger la caja soñadora
y no perturbar las historias que allí.
Moderada la estrellería de los cielorrasos parietales;
llovida la meníngea calzada
y una bruma londinense completando el cuadro
con ese no sé qué de misterio.
Escasa la luz
vela el rostro de fantasmas
que corren de una a otra habitación
de los hemisferios.
Nada de tregua, incesante el suceso;
acróbatas, saltimbanquis, entran
y salen de la penumbra.
Al fin, se reunirán en la glorieta,
la del parque del cuerpo calloso
donde se contarán aventuras,
pasiones, relatos de miedos,
vértigos, fatigas, trabajos del vivir.
En el centro del templo
la hipofisiaria Reina de la Noche,
desde su trono turco
dispone, ordena,
y canta.
Mozart, canta la Reina de la Noche,
Mozart.

DURAMADRE

La viera usted a la madre dura,
disparada la socorrista, loca incesante
siempre lista la guardia
por si desborda el río cerebral
o derrumbe sucede o estalla incendio.
La viera usted, alzada,
vigila que nada maltrate al cuarto del ensueño.
No se clausura jamás, el ojo atento
a motín grande o mínimo alboroto.
Dura la madre, la viera usted
cómo le pone el pecho al desorden,
cómo ahuyenta tormentos.
Ordena la correntada,
repara heridas del tejido,
puntual distribuye las provisiones
y le sale al paso al cuco de la desazón.
Una fiera la madre dura, al acecho
de cada nublada.
Celosa, no se retira del día
sin pasar revista y arropar a cada inquilino.
La viera usted;
el parte de hoy informa
un cuadro saludable y reposado.
Entonces sí,
como buena señora entre las señoras del mundo
duramadre se sienta a la sombra
con su ridículo sombrero
y el bordado que nunca acaba de bordar.

Lo de la glándula Pineal es falso,
mentiras lo del tercer ojo.
Dos resultaron suficientes
para apuntar días de gloria
y renuncias de ciertas noches.
Pero sí es cierto -detrás del lóbulo frontal-
el bodegón encantado, el penumbroso,
con esa mesita al fondo
pegada al cortinado de terciopelo rojo
que cubre no se sabe qué.
Lo de la glándula Pineal es falso.
Cierto sí el bodegón
y ciertos sus gatos de oro
que lamen la pasión en manos abandonadas.
Siempre, todo el tiempo, alguien espera
detrás del lóbulo frontal
junto a la caldera donde se cocinan
buenos y no tan buenos sentires.
Siempre, todo el tiempo alguien espera.
Lejos, se le oyen al pulmón enfermo
recuerdos de tiempos mejores
cuando el amor ganaba en todos los frentes.
Un desorden ahora la lengua;
dice cosas confusas;
también
que eso de la glándula Pineal es falso;
mentiras lo del tercer ojo.

FUNCIONES

Al acecho en todo momento
la lente, una izquierda, otra derecha.
Espera ser atendido
en la antesala de la córnea
el mensajero de la luz.
La princesa pupila ruega: “por piedad
den en el blanco, sólo con lo más bueno y mejor”.
Los guardias del iris suben y bajan
los puentes levadizos para esto sí aquello no.
Canta la cebolla cristalina
asuntos de azules transparentes
y anuncia desprendimientos, aludes anuncia la retina
si bajan nieblas de miseria.
Jornadas completas la de ambos vigías
sobre escenas ciertas y deseadas.
En marejadas del humor acuoso
los arrojados no dejan de bracear
hacia puertos de tierras prometidas.
En la trastienda del humor vítreo
el tesoro se guarda el álbum
blanco y negro del instante detenido
y el color del instante atrapado.
En la trastienda, esa, la blindada
contra el asalto del tiempo despojante.
Afuera queda todo el mapa
de lo aún por ver y soñar.
Se encadena a la reja de la vida
uno y otro ojo;

resiste.
Mire si se van a dejar morir
con lo tanto lindo que queda por ver.

PALABRITAS

Boca afuera -extraño el acostado-
dejó abiertas las celosías labiales
con máscara azul de no retorno
sobre sepultura de rojo pasional.
Boca adentro -rumor de rumores-
el oleaje tormentoso de mala saliva
y el tormentoso oleaje de la buena.
Boca afuera, el Giocondo muestra a los de acá
el enigma que se guardó.
Boca adentro, alborotan las palabritas
detenidas antes del apagón.
¡Cómo imploran las pobres!
Una, en la casi penumbra
anda vueltas y vueltas en puntas de pie
y se da de puñetazos en el pecho, alocada:
“un poquito más, un día, unas horas siquiera”.
No es para menos,
si venía a dictar otra vida
otra suerte otra historia.
¿Y quiere creerme?
No se atrevió.
Pena grande, claro,
cuando traía la llave de oro de la felicidad.

CUELLO

Este es, prófugo de guillotinas tantas;
gran vía de carriles tantos.
Sin fin la cinta de rodados.
Doble mano.
Dinosauria carrocería lleva H 2 O
al campanario mayor;
trae de regreso últimas noticias.
Ascienden linfáticas cisternas, tanques hormonales.
Bajan mandatos para la función
de cada huésped de la vivienda corporal.
Doble mano.
Ningún obstáculo debe perturbar la corriente
-la colisión sería inevitable-
y ya se sabe
las colectoras no resultan suficientes
y no siempre las ambulancias llegan a tiempo.
Es éste, el cuello, la gran vía.
Doble mano.
A cierta distancia, la columna de aire
-viento de vida al fin-
silba, deja oír cánticos insurrectos
entre otros, a toda hora de cada día
de las cuatro estaciones.
Doble mano.
Más cerca se dejan ver huellas sedosas del pañuelo,
ése, de las pintitas rojas y azules
que atendió la salud y la belleza;
y huellas también de la gargantilla,

la agazapada que reptó de uno a otro cuello
de las mujeres de la casa
y se encendió exultante, festiva,
por las noches;
más que nada por las noches.
Doble mano. El cuello. La gran vía.

TRONCO

a Leopoldo Teuco Castilla

TORÁCICA

Un tanto sombrío el gran salón,
reposado el mobiliario
muda la luz de la velería.
Camposanto de carne en retirada,
feroz el silencio una sola sombra.
No se cae del asombro el bisturí;
qué sucedió se pregunta.
Era el fragor aquí y bullicio era
el crepitar de la incesante cocina.
¿Qué sucedió?
La autoridad pulmonar mandaba
“tomen el pan transparente del día
y a comerlo todo y no me dejen nada.”
No se cae del asombro el bisturí;
rojo el bombeador cardíaco
-el bolchevique de la familia-
que pregunta: “¿y las flechas,
qué se hizo de las flechas?”
Cómo quedó así, abatida la pasión…!
Era el fragor aquí y bullicio era
el crepitar de la incesante cocina
con división del trabajo
y cada cual en lo suyo para todos.
¿Qué sucedió?
¿Qué decidió el cierre?
¿Quién puso la oscuridad?
¿Qué le detuvo la mano a la batuta?
¿Quién dijo?: “suficiente muchachos,

ya está,
ya cumplieron”.

INSTRUCCIONES PARA UN PASEO AL PREDIO PULMONAR

Ingresar por la alameda traqueal
hasta la bifurcación de las avenidas bronquiales.
Vale detenerse sobre la calle de los anticuarios
donde un abanico cuenta y cuenta
el ardor de la que ahora anda por los cielos
-sin dejar de soñar-
Y vale detenerse frente a la casa
del amotinado corrido de la vida; la casa
donde espera todo lo que el viento se llevó.
Sin pisar el césped, continuar
hasta el rosedal de los alveólos;
ir de una a otra habitación
-aduana por medio-
paso adentro el vientito sano
paso afuera los restos calcinados.
Luego (prohibidas las fotos)
cargarse en los ojos todo el color.
Película muda el paisaje se muestra sereno;
los peones lavan las piedras de la calle,
desembarcan los ancianos su huesería
y los pequeños corren tras las mariposas
fugadas de los cuentos.
Cerca de la salida
no sorprenderse con el ciego decidor
que pone Juaneles y Giannuzzis en el aire.
Concluido el recorrido, marcharse
sin olvidar de cerrar los grifos del riego

y bajar la llave de la luz;
pero dejar abierto los ventanales,
cada uno de los ventanales
para que todo lo visitado no deje de respirar.

AUSCULTACIONES

Cuatro cuartos.

Cuatro en el mio/cardio
y en cada uno, el vivir, o eso, así llamado
por las mareas azules, los galopes
y el fragor de las cascadas.
Toda una usina
una marcha con final oculto.
Cuatro cuartos.
Cuatro en el mio/cardio.
En planta baja, el de la izquierda
guarda bajo ninguna llave el neceser
con cartas de confesión, postales de veraneo
y una eterna brisa de lavanda.
En el de la derecha
la mesa de los grandes
relata silencios de madera
de la grande guerra en las Europas.
En planta alta, el cuarto de la izquierda
refugia a una/todas las mamás
de uno/todos los pequeños
fugitivos de una historia canalla.
El cuarto de la derecha
flamea, se agita, deliberan allí
los maltratados de siempre.
(El lector no debe interrumpir la asamblea)
Contra la pared divisoria del mio/cardio
braman himnos de guisos sagrados,
y a la dársena arriban navíos de pasión

que ya se sabe
no se detendrán más de lo debido.
Al fin, volcado el oído a las puertas del costillar
se oirá -desde alguno de los cuartos-
la radio que alguien dejó encendida:
“Nueve de cada diez estrellas
usan jabón Lux de tocador”...

SALÓN COMEDOR

Sombría la casa ventral
panza adentro ganó el abandono.
¿Y esta quietud, este mutismo, qué,
esta noche incesante qué esta detención?
Había que ver
luz de día día y noche la circulación continua.
¿Sucedió cómo?
Fulgores magicaban aquí y allá
cantaban las calderas,
pas de deux los jugos regadores,
patinaje en las pistas mucosas
y trenes, ir y venir
los trenes de carga con caldos salvadores.
¿Quién lisió la función?
¿Qué detuvo la tarea?
Había que ver,
mareas hormonales, harinerías,
glorias de carnes, ríos de agua candorosa
y ríos de vino celebrante.
Días hubo de tregua en las bahías,
fiesta, jardines, delicias.
¿Qué sucedió?
¿Por qué calla lo que era?
¿Quién ordenó el apagón,
el salto a los escombros?
Había que ver.
Restan cenizas ahora,
sólo un puñado de cenizas

para contar la vidita que fue.

HEPÁTICA

Gran laboratorio soy, gladiador,
guardián de ciudad amurallada
a la que vientos malicios no pueden
ni contrarias noticias ni diluvios
ni caballo de Troya.
(Hablo, no me distraigan)
Nada detiene mi fragua;
a toda hora llegan azotes
pero no logran vencerme, resisto;
nada, nadie aquí suelta los remos.
Batallo, soporto una y otra embestida.
(Hablo, no me distraigan)
En tarde memoriosa, cierta vez confesé:
no es verdad, no peregrinan sólo
al templo cardíaco los suplicios del amor.
También arriban a mi cisterna
a descargar venenos y espinas
y se quedan -malnacidos- a doler y doler.
(Hablo, no me distraigan)
Déjenme decir: si soy derrotado,
si el desencanto sube a mi mesa,
recuérdenme con indulgencia.
Entiéndase, jamás claudiqué,
ni uno sólo de mis hepatocitos
se entregó sin combatir.

BAJO TRONCO

Aquí el reino de la tierra
se citaba con el reino de los cielos.
Inútil hurgar la túnica,
no aparecerá estrella alguna
en estos tiempos de avara felicidad.
Aquí, en los bajos del tronco
toda la luz aconteció toda la sombra.
Muchas mil pequeñas muertes marcharon
hasta la ciénaga, la grande, la definitiva,
con extinción de volcanes y fugas de mar.
Aquí desfilaron naves de armonía
y naves guerreras.
Porque debe saberse que aquí,
por los bajos del tronco,
uno, detenido en carne sin futuro,
recuerda lujuriosas humedades y recuerda
la corriente continua, festiva, de estar en el mundo.
Recuerda cómo se buscaban en la noche genital
los carnívoros de hacer vida.
Y no más.
El resto debe hallarse en la carta
esa, oculta entre las ruinas.
No alcanza a descifrarse la letra,
salvo el tramo final que deja leer:
“el tiempo nos devastará, amor;
nos moriremos,
y se nos verá así,
cesados,

adentro del nombre petrificado de los dos.”

EXTREMIDADES

a Jorge Ariel Madrazo

Acaso este hombro cargó brasas en Guernica;
el antebrazo lanzó el disco olímpico en la Grecia,
el codo torció el destino hacia la mala.
Acaso el brazo le arrancó los ojos a la calamidad
y el corredor carpiano le cerró la marcha al fracaso.
Acaso regrese todita en esta mano
la arrasada de Víctor Jara.
Pero no.
Este es un hombro, un simple hombro
sin misterio, uno como todos
que llevan y traen para el vivir;
un antebrazo -se lee en el bíceps-
“trabajo para vestir y desvestir al susodicho”;
un codo que advierte:”curva peligrosa”;
un brazo que frotó y frotó vajilla de la noche;
un corredor carpiano abierto a la buena visita;
una mano -simple mano- una de aquí
que tocó a Dios en la carne amada;
un dedo pulgar que estampó la espiral del nombre
y un índice que apuntó al norte siempre remoto.
Está claro,
no todo se detuvo en este muerto.
No le alcanzaron los guantes al hielo
ni el silencio alcanzó;
pudo más el ardiente retumbo
del tanto abrazo
que envolvió a la mal querida.

INFORME DEL FORENSE

Es cierto, los cuerpos hablan.
Este relata historias de complejas travesías;
cuenta días de zozobra y días de gloria cuenta.
La orientación de los miembros inferiores
revela un caminador esperanzado.
Las falanges, agarrotadas, con afán
de no despegarse de la tierra,
y el talón de Aquiles muestra
una inserción de obstinado amarre.
Costurones de mortificación semejan
esos surcos que atraviesan el mapa plantar.
El color, un sepia de crepúsculo
y signos de llano reposo se alternan
con montículos de paisaje lunar.
Tanto el astrágalo como el calcáneo
presentan huellas de carreras pasionales.
Entre ambos, una suerte de canal.
Explorada la caverna aparecen en sus paredes
antañas pizarras con noticias de los hoy del ayer.
Continuada la incisión
se observa una extraña imagen:
grupos de gente en un muelle
aguardando la nave salvadora.
Sobre el metatarso se alza
otra figura de contornos más definidos;
de alguien demasiado parecido al difunto;
alguien con su cuerpo tenso, de inquieta juventud.
Diríase, a la espera

de una nueva orden de partida.

30.000

Baja de la horca del dedo gordo del pie
el tarjetón.
Desnudo. Vacante.
¿Y el nombre, las iniciales al menos?
¿Quién fue/es el de este cuerpo?
¿De dónde proviene?
¿Qué historia lo trajo hasta aquí?
Estrellado el cielo de la frente
y un parpadeo de faro en cada ojo.
Camisa subcutánea el azul de mar
que le ocupa el pecho
y roja la correntada de las rutas vasculares
que suben y bajan
en cada brazo, arriba;
abajo, en cada pie.
¿Quién es/fue el de este cuerpo?
¿Cómo lo llamaban los vecinos,
en la escuela, en la calle,
cómo lo llamaba la mamá?
De la horca del dedo gordo del pie
baja el tarjetón.
Desnudo. Vacante.
¿En qué lengua dice?
¿El número ese de qué habla?

NOTAS DE ARCHIVO

a La Sociedad de los Poetas Vivos:
Carlos Levy
Eugenio Mandrini
Carlos Carbone
Santiago Espel

No es tal la queda en la casa del silencio.
Lo sabe el cuidador.
Sonríe el dueño del enigma, el testigo;
y se lo guarda.
Nadie conocerá los hechos.
Tampoco los creería.
Lo cuenta sólo a sí mismo;
y simismo se apasiona, se exalta.
De no creer: andanzas, celebraciones,
ritos de jugar a vivir
y cada cual a completar la felicidad pendiente.
Sonríe el cuidador de los congelados,
como que es todo suyo el noticiero.
Hoy se lo ve un tanto inquieto;
uno no regresó del recreo,
-la excursión a las luces del afuera-
Y ello le preocupa.
Nadie debe faltar
en el inventario de la mañana.

Pobrecito el día de hoy;
va para confuso
con desarreglo en la cabeza vecindaria.
No es para menos
si el de gris de la casa de los miedos
vacía ceniceros (¿de quiénes, de cuándo?)
La entendedera de la gente se disloca
y se abriga nuboso el paisaje.
Pobrecito el día de hoy;
no es para menos,
nadie quiere detenerse
frente a la casa de los miedos
con la herrería negra de sus portones
y el invierno ese de su aire.
Los chicos cruzan la vereda,
apuran el paso los grandes.
Hoy, nadie llegó para quedarse
y con piadosa mueca
el de gris de la casa de los muertos
salió a balbucear (vaya a saber para quién)
"...tontitos, el misterio no cuenta;
no se esfuercen, es inútil
y muy simple;
la vida no es más que un fósforo
en la noche del desierto;
la muerte
una tarde de domingo, como ésta,
una prolongada tarde".

Usted recordará a la mujer de la sombrilla rosa
que vivía en mi poema de entonces;
única, espléndida, se paseaba por las callecitas del texto.
Claro, el tiempo pasa, la vida.
Ahora se sale la mujer de la sombrilla rosa
en busca de la casa final.
Y llama que llama a la puerta la desvelada.
Y el guardia que no, lo siento.
Y que por favor, vengo de tan lejos.
No insista, no es posible.
Y le ruego, sea comprensivo.
Y que no, usted está viva,
debe cumplir con el requisito de morir.
Y ella que nada, por piedad, debo entrar,
traigo una gigante fatiga y debo conocer
el sitio donde me tumbaré para siempre.
Cede al fin el duro de la historia.
Agradece la mujer.
“Y la sombrilla, ¿dónde debo dejarla”?

No es posible precisar quién
a la misma hora de cada noche
se pone a silbar ésa de Lennon:
“La felicidad es un revólver caliente”.
Cada cual se ve calladito
como escolar aplicado.
Pero ¿quién es el silbador?
Al de la bandeja de arriba se le congeló
una mueca de abandono.
Debajo del mismo la maquillada trapecista
obsequia un rezagado saludo terminal.
Ese otro, un baleado que corrió, corrió
y vea cómo se le sale el alma por la boca.
Aquí el pastelero con ridículas harinas
nubleándole la cara.
En la siguiente fila
el mendigo de la socratísima barba.
Allí, la gorda inamovible
de nieve rosada en sus colinas.
Aquí el joven músico
cubierto de tatuajes
y los brazos acribillados -ya se sabe-
Alguien debiera hacerlos entrar en razón,
convencerlos de sus muertes
y ellos comportarse como tales.
De todos modos no es posible precisar quién
a la misma hora de cada noche
se pone a silbar ésa de Lennon:
“la felicidad es un revólver caliente”.

Inútil todo cerrojo en las puertas;
inútiles las trancas en uno y otro ventanal.
Las ánimas –o lo que es lo mismo los sueños–
perforan muros de oscuridad
¡y a vagar!...
A correr por los aires de lo vivo.
(No hay cuidado, nadie se dará por enterado;
todo el suceso se guarda
en cofres de misterio.)
Salvo la historia de “La Pajarita”
la descocada que se sale de su carne
más allá de lo debido;
a perturbar la cabeza de la gente,
desordenarles la calma.
De lo lindo batifondea la insurrecta,
mucho asusta esto aquello mucho aquí allá.
Inútil todo cerrojo en las puertas,
inútiles las trancas en uno y otro ventanal,
tanto como detener a la incorregible,
a la indómita y advertirle:
¡eh! muerta, vuélvase,
sí, a usted, Pajarita, vuélvase,
está yendo en la dirección equivocada.

SEÑORA MUERTE

Vive en la casa de los apagados.
Llegó antes de todo nacer
y se quedó para quedarse.
Atiende a los huéspedes, apunta los ingresos.
No le va mal; se arregla solita.
Lava plancha riega las flores negras de su rosal.
Cada mañana una recorrida por los cuartos.
Cada noche la ronda de control.
Por la cuentera vecina se sabe:
“ para nada se muestra inquieta,
cumple puntual sus deberes la callada
con un tanto de sigilosa piedad.
Al fin de cada jornada
deja mantas para abrigar a los más chicos
y alguna nueva historia deja
para ése a quien tanto le cuesta dormir”.

REGLAMENTO INTERNO

Deje la sombra
en mesa de entradas.

Baje sus pertenencias
y desnudo de todo acampe en su puesto.
Permanezca allí, sereno, tranquilo,
de este lado del tiempo,
con esta manera de muerte
viva para siempre.
Y sin chistar ¡eh… a comportarse…!
El más buenito será premiado.
Ya no resta lugar. El depósito desborda.
Insufrible la tanda de este día.
Lo que faltaba, la abuela loca
se vino con todas sus porcelanas;
sonidos de campana trajo el jefe de estación;
el jardinero, los verdes salvados de la poda;
anzuelos extenuados el pescador de nunca nada
y vocales desiertas el poeta de la casaca roja.
Eramos pocos y cayó el atleta
que descargó su mejor performance
mientras depone azules de último mar un tripulante.
“Sala colmada”. Pide tregua el espacio.
Si llega alguien más
“sepa disimular las molestias,
vuelva mañana”...

ÚLTIMO DOMICILIO CONOCIDO

Los acostaron muy cerquita
a uno del otro. Muy.
Y bueno, qué podía esperarse de esos dos
venidos de una juntada más ardiente aún,
un acople tocado -según consta en actas-
por el mal rayo que los partió.
Los acostaron muy cerquita.
Ahora no debe sorprender, y sí
soportar la batahola de la revancha.
Se oyen a toda hora a toda orquesta
los embates, la sublime colisión
de uno con otro que no paran no paran.
Se sospecha-según consta en actas-
algo les impidió a los cuerpos hacer cumbre;
así que a padecer el desquite;
porque no se dan tregua,
a toda hora a toda orquesta
vuelven y vuelven no paran no paran.
El descuido fue acostarlos cerquita
a uno del otro. Muy.
Entonces hacen y deshacen;
carnes pendientes nada se ahorran.
Se trepan acometen se ocupan.
Le matan lo vivo a la muerte
y no paran no paran.

FINALE

Mary L. la apasionada que se comió los ojos
con desvelo que le llevó toda la vida,
¿sabe que al fin yacerá fría y lejana?
Teodoro H. que azota con color y más color
a sus pinceles de chifladura
¿sabe que al fin yacerá frío y lejano?
Norma D. mártir doméstica de entrega total,
avivadora del primor hogareño
¿sabe que al fin yacerá fría y lejana?
Emanuel S. razonador de tiempo completo
que no deja de boyar entre uno y otro teorema
¿sabe que al fin yacerá frío y lejano?
Marina M. la pequeña que en un ahora para siempre
juega con una de trapo más pequeña aún,
¿sabe que al fin yacerá fría y lejana?
Unos y otros miran para otro lado.
Al escalpelo no ¡eh!,
o lo que es lo mismo, la palabra escalpelo
que aguarda en el poema para trozar,
alejar, apartarlo todo.
Unos y otros miran para otro lado
y nada de vigilar la cabeza;
déjela plantada, solita,
a la que pensó, soñó, pasó por la vida
y entró para quedarse.
Nada de atender el tronco;
que se done a la estepa de mármol
el que hospedó la máquina de amar y desamar,

y a los ambos molinos de viento
y hospedó a la sagrada cocina.
En cuanto a las extremidades, bueno,
seamos compasivos (hablemos en voz baja)
no le molestemos el receso;
descansan ellas el tanto ir y venir.
Unos y otros y cada parte del todo
¿saben que al fin yacerán fríos y lejanos?
¿Saben que el escalpelo del poeta los aguarda
para saquearles la luz que fueron?
¿Saben que la palabra escalpelo los aguarda
para desbaratarles la sociedad que fueron?
Unos y otros miran para otro lado.
Pero no el que suscribe,
el de blanco con acerito que hurga y rastrea.
Este/ése sabe que también al fin
yacerá frío y lejano.
Cómo no le iba a subir entonces
un inmortal enojo
cuando la savia derrotada se le fuga
-así como así-
el fueguito de hacer y estar
lo abandona sacándole la lengua;
cuando el malestar le gana la boca
(carraspeo, música de protesta)
cuando todo se quita y en lento crepúsculo
se arrima a la última definitiva oscuridad.

DATOS DEL AUTOR

Argentino. Porteño- 1934. Pubicados 22 títulos personales y otros tantos en antologías nac, y extranjeras.- Reconocimientos y premios varios; entre ellos Faja de Honor de SADE. Finalista en Casa de las Americas. 1° y 2° premio Certamen APDH. Primer premio Casa de la amistad Argentino/Cubana. Primer premio municipal . Finalista del Premio internacional V.V. Mora. Otros en España, Venezuela, Colombia. Y ya antes lo dije: no dejo de escribir para no dejar de vivir.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)

Results

Versión detectada: EPUB 2.1

Resultados: ¡Felicidades! No se encontraron problemas en silber_cabeza_tronco_y_extremidades.epub

ibuk
Biblioteca de Poesía